



Si pretendiéramos definir la personalidad del Dr. Salvador Díaz, bastaría solamente mostrar el panorama diáfano de su vida, de su obra, de su pensamiento y de su permanente compromiso con el hombre en su dimensión de individuo y de ser social.

Fue en efecto, el arquetipo de ese ideario del médico que nació en el seno del Primer Seminario de Formación Profesional Médica, hace ya trece años y que él, con su talento singular, contribuyó a gestar, a organizar y a promover hacia perspectivas de proyecciones más amplias y crecientes. En este sentido, el Dr. Salvador Díaz fue un médico que supo integrar, en equilibrada síntesis, las funciones técnicas, educativas, administrativas, de investigación científica, docentes, de consejero y guía y de información pública que configuran la imagen de la medicina moderna en su relación con la salud y con el hombre en su contexto social.

Pocas personas como él pudieron exhibir una identidad más perfecta entre pensamiento y acción. Esta actitud era consustancial a su modo de ser y por lo mismo, confería a cada uno de sus actos, el sello de la más alta honestidad intelectual y de limpieza de propósitos.

A nadie pudo extrañar que, con esa concepción del ejercicio y de las funciones de la medicina, sobrepasara el ámbito de la medicina individual para entregarse por entero a la Salud Pública, no obstante su especialización en cirugía torácica, donde había descollado con éxito. Trajo a su nueva disciplina una habilidad innata para el trabajo en equipo y la planificación organizada de las acciones de salud. Entre muchos ejemplos de este aserto, cabe señalar la programación hasta en sus menores detalles de la campaña de vacunación BCG en 1948, que aparece hasta hoy como un modelo en su género y en cuyo desarrollo supo vencer toda suerte de resistencias, a través del diálogo y de la persuasión, reflejo de su estirpe de educador por excelencia. Poseía en alto grado la cualidad de suscitar adecuadas motivaciones para reunir opiniones y voluntades al servicio de ideas de bien público y condiciones naturales para el liderazgo indirecto y la movilización de los equipos técnicos y de grupos para los objetivos de salud, ya demostradas desde la época de estudiante.

Formó parte, desde el primer momento, de la falange de visionarios que dieron vida al Servicio Nacional de Salud en 1952, como fruto de su convicción acerca de la necesidad de la integración de las acciones, de la unidad de la medicina y de su proyección al grupo familiar y a la comunidad. Dos aspectos de este proceso fueron motivo de su constante preocupación: la incorporación de las ciencias sociales a la administración sanitaria y al ejercicio de las funciones médicas y la formación, distribución y uso de los recursos humanos en salud, como expresión de una medicina racional, económica y humana que permitiera extender el derecho a la salud, a través de un sistema único, a toda la población. Sus investigaciones en este campo representan aportaciones trascendentes a la solución del problema del desarrollo de los recursos humanos, materia considerada hoy como la contri-

bución más significativa que pueda efectuarse al fomento de la salud y a la prolongación de la vida. En particular, merece citarse su estudio sobre los factores sociales y psicológicos determinantes de la demanda y utilización de servicios médicos, efectuada en colaboración con la Oficina Sanitaria Panamericana y el Departamento de Salud Pública y Medicina Social de la Universidad de Chile, cuyo informe final fue entregado a dicha Organización meses antes de su sensible deceso, después de más de cuatro años de labor.

Maestro en la verdadera acepción del vocablo, lo fue en su actitud, en su vocación por difundir sus conocimientos y experiencias y en su genuino interés por la juventud. Por paradoja, destacó como un educador sin una cátedra formal que nunca ambicionó porque todo acto suyo tuvo siempre un carácter formador e innovador. En numerosas ocasiones, realizó tareas docentes de primera calidad, en proyectos de investigación epidemiológica y de acciones de salud en el terreno, guiando personalmente a jóvenes estudiantes de medicina en los primeros pasos de su formación en medicina integrada, de introducción al conocimiento de la interrelación: agente, huésped y ambiente y de la asociación de la formación académica con el trabajo de campo. En estas tareas de colaboración desinteresada a la enseñanza médica disfrutaba al compartir hogar, pan y experiencia con los alumnos, no obstante el recargo de sus obligaciones en la dirección del hospital Sótero del Río, en sus programas de investigación, en el Departamento de Salud Pública del Colegio Médico de Chile y otras similares.

En consonancia con lo anterior y llevado por su apasionado interés por la educación médica, logró dar cima a la iniciativa del Departamento de Salud Pública de ese Colegio en orden a realizar el Primer Seminario de Formación Profesional Médica en 1960 y a dirigir una Comisión Permanente de Formación Profesional, que tanta y poderosa influencia han tenido en la renovación de los moldes de la enseñanza superior y en la reforma universitaria. Aún se debe a este espíritu de selección el reconocimiento del papel fundamental que sus ideas han tenido en ese proceso, entendido por él como el diálogo permanente entre la Universidad, concebida como una corporación de docentes, egresados y estudiantes con las diversas instituciones de salud, de economía, sociología y demografía. Su propósito sustantivo no era otro que el de analizar con objetividad el pasado, investigar y conocer el presente y trazar hipótesis resolutorias para el porvenir que permitieran afrontar el futuro, en extensión y profundidad con actitudes y concepciones siempre renovadas.

Durante la preparación de ese Primer Seminario se inicia en 1959 la publicación de los Cuadernos Médico-Sociales, destinados a informar sobre dicho evento y acerca de las diversas corrientes del pensamiento nacional e internacional en educación médica. Como todo lo suyo, esta publicación rebasó los límites de su génesis, para transformarse por iniciativa del Doctor Díaz, de un órgano de la Comisión Organizadora del Seminario, en la Revista oficial del Departamento de Salud Pública del Colegio Médico de Chile y alcanzar hasta hoy sólido prestigio nacional e internacional, por su seriedad científica, sobriedad y elevada jerarquía de sus trabajos, fieles exponentes de la rica personalidad de su fundador.

El Dr. Salvador Díaz perteneció a esa estirpe de servidores públicos que enseñan con la palabra, el ejemplo y la acción, sea cual fuere la posición que ocupan. Huella indeleble marcó su paso por el Departamento de Salud Pública del Colegio Médico de Chile, en las reformas reglamentarias, los informes de proyectos, los

estudios de costos de la atención médica y del gasto médico en el país y diversas otras materias de señera importancia. De la misma manera, fue relevante su concurso al Departamento de Salud Pública y Medicina Social de la Universidad de Chile y el contenido de su contribución a la redefinición de roles profesionales y a la organización y evaluación de la atención médica externa. Tan extraordinaria como la anterior, pero difícil de medir, fue su generosa entrega de conceptos, orientación y estímulos con la cual enriqueció las reuniones y el intercambio de experiencias en los numerosos grupos en que participó durante toda su existencia.

Los rasgos más salientes de su perfil humano fueron sin duda, el amor hacia sus semejantes, especialmente a los más desvalidos, su independencia de criterio, su espíritu reflexivo y objetividad científica y su ausencia absoluta de todo sectarismo. Con estos atributos, germinó en su conciencia no sólo su convicción en la naturaleza social de la medicina, sino que su ideario socialista que sin militar en partido político alguno, mantuvo incommovible hasta sus últimos instantes.

El fallecimiento del Dr. Salvador Díaz, enluta para siempre las páginas de estos Cuadernos Médico-Sociales, la medicina chilena y el corazón de quienes recibieron la siembra fecunda de su consejo e inspiración.